

CONSIDERACIONES SOBRE LOS ACUERDOS DE PAZ

Por Julio Londoño Paredes*



Fotografía: Asociación Diplomática.

* Doctor Honoris Causa en Derecho y Jurisprudencia de la Universidad Militar Nueva Granada en Bogotá. Ingresó al Ministerio de Relaciones Exteriores de Colombia, por designación del presidente Carlos Lleras para organizar la Oficina de Fronteras, también fue Secretario General y Viceministro. Especialista en negociación de conflictos y en temas de relaciones internacionales, geografía e historia, derecho del mar, fronteras y límites de Colombia. Embajador de Colombia en Cuba (1998-2010), Embajador de Colombia ante las Naciones Unidas (1994-1998), Embajador de Colombia ante la OEA (1990-1994), Ministro de Relaciones Exteriores (1986-1990) y Embajador de Colombia en Panamá (1983-1986). Agente de Colombia ante la Corte Internacional de Justicia en el caso de la demanda de Nicaragua contra Colombia entre 2001 y 2012. Actualmente es profesor titular de la facultad de Ciencia Política, Gobierno y Relaciones Internacionales de la Universidad del Rosario de Bogotá.

Los Acuerdos de Paz con las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia - Ejército del Pueblo (FARC-EP) han polarizado al país. Miles de artículos, foros, entrevistas y libros han aparecido y seguirán apareciendo sobre el tema. Muchos de ellos elaborados por pomposas organizaciones o por expertos extranjeros que difícilmente entienden español. Incluso en el ámbito universitario existen diplomados, maestrías y doctorados en posconflicto y en el proceso de paz colombiano.

La grave crisis política que precipitó el conflicto

Hay miles de diagnósticos sobre el conflicto colombiano. Lo cierto es que nuestro país vivió un dilatado período de revoluciones y confrontaciones políticas y que la última etapa, que tanta sangre y angustia nos ha costado, se derivó de la violencia política oficial emprendida después del asesinato de Jorge Eliécer Gaitán.

En 1949 el país había entrado en una etapa de aguda confrontación. El gobierno resolvió utilizar a la politizada policía de ese entonces para reprimir las reacciones de inconformidad que se presentaban en diferentes regiones del país. Fue bien conocida la llamada "policía chulavita", como se denominó un contingente reclutado en la población boyacense de ese nombre. Este contingente fue trasladado al sur del Tolima y al norte del Huila, en donde inició una represión generalizada.

El Partido Liberal había triunfado en las elecciones para Congreso celebradas en junio de ese año. En septiembre, en un abaleo en la cámara, murió un representante y quedó gravemente herido el excanciller Jorge Soto del Corral. En noviembre, el presidente Mariano Ospina Pérez, para evitar ser acusado por la Cámara ante el Senado, cerró mediante un decreto no solo el Congreso, sino todas las asambleas y consejos municipales del

país, y decretó la censura de prensa. Todo supuestamente siguió “normal”.

Como consecuencia, se gestaron grupos guerrilleros de ascendencia liberal dirigidos por Eduardo Franco Isaza, Dumar Aljure y Guadalupe Salcedo, entre otros. Este fenómeno no solo se presentó en los Llanos Orientales, sino en otras zonas del país. El Ejército, que comenzaba a ser discretamente politizado, estaba empeñado totalmente en la lucha. En Bogotá con frecuencia corrían rumores de que la “chusma”, como se le decía a la guerrilla, podría aparecer de un momento para otro por detrás de Monserrate para dirigirse al palacio presidencial.

Algunos efectos en la política exterior colombiana

Esa confusa coyuntura fue aprovechada por el dictador Marcos Pérez Jiménez, de Venezuela, para ocupar militarmente los islotes de Los Monjes y exigir el reconocimiento de la soberanía de su país sobre ellos, mientras que la Cancillería colombiana justificaba sibilinaamente la decisión afirmando que, con la situación existente de orden público, las fuerzas militares no podrían afrontar un eventual conflicto con Venezuela.

Al mismo tiempo, el asilo de Víctor Raúl Haya de la Torre en la embajada de Colombia en Lima generó serias tensiones con el Perú. Nuestro país debió afrontar sin éxito este caso en la Corte Internacional de Justicia. Naturalmente, el comentario formulado por algunas personas fue que “no teníamos Cancillería”. El entonces joven funcionario José Joaquín Gori, a quien le correspondió afrontar el asilo en la embajada de Colombia en Lima, fue una excepción.

No obstante la situación existente, el Gobierno envió un batallón a la península de Corea a “defender la democracia”, atendiendo a una insinuación de los Estados Unidos. La mayor parte de los integrantes de este batallón ni siquiera sabían dónde quedaba aquel lejano país ni qué signifi-

caba la democracia que iban a defender. El propósito en el fondo era que Washington renovara el desueto armamento del que estaba dotado el Ejército para obtener así la derrota militar de la guerrilla. Ni una cosa ni la otra se obtuvieron, y solo la subida del general Gustavo Rojas Pinilla al poder logró la desmovilización guerrillera.

El centralismo y la indiferencia por la periferia

Las principales dinámicas políticas del país giraban entonces en torno a Barranquilla, Medellín y Cali, pero especialmente se generaban en Bogotá. Al resto del país, que era el 80%, la clase dirigente y los partidos políticos lo ignoraban. El Pacífico, separado por la Cordillera Oriental, era otro mundo. A La Guajira, a las islas de San Andrés y a todo el sureste de la dicha cordillera los denominaban peyorativamente “Territorios Nacionales”. Regiones habitadas por “infieltes” y “tribus bárbaras”, como decía el Concordato, que estaban encomendadas a misioneros extranjeros, vicarios y prefectos nombrados desde Roma, que eran en verdad los que ejercían la autoridad. Para el Estado era muy cómodo “desahacerse” de esas zonas problemáticas. El perímetro nacional, olvidado y desconocido, no contaba con vías, sino con tortuosos caminos de herradura. No había telégrafo, ni autoridades, ni puestos de salud, ni acueductos, ni alcantarillado, ni luz, y mucho menos una pista para avionetas. Estas regiones fueron ocupadas por esforzados colonos desplazados por la violencia. También hacia ellas emigraron delincuentes que paulatinamente se impusieron y fortalecieron su control territorial.

A nadie le importó, por allá a finales de los años cincuenta, que en una remota vereda llamada Marquetalia, del corregimiento de Gaitania, en el sur del Tolima, un sujeto a quien llamaban “Tirofijo” organizara una especie de “república independiente” con treinta hombres armados con carabinas y escopetas robadas a la policía. Igualmente, cuando se preguntaba por qué el departamento de Arauca no tenía comunicación



Quema de fusiles, área rural de Toribío (Cauca), julio de 2012.

Fotografía: Julián Lineros C.

terrestre con el interior del país y por qué sus habitantes debían desplazarse en medio de los vejámenes de la Guardia Nacional, por territorio venezolano, para llegar a Cúcuta, la respuesta era que la región daba muy pocos votos. Así sucedía en muchas partes.

Entre tanto... la acción indiscriminada y cruel de los grupos armados

Es aberrante lo que han hecho los grupos armados en Colombia. Desde la policía de los cincuenta, la guerrilla y más tarde los llamados paramilitares. Estos últimos se volvieron delincuentes atroces, en ocasiones con el apoyo de agentes estatales. Centenares de miles de hombres, mujeres y niños inocentes fueron asesinados, torturados, secuestrados, violados, heridos y desplazados.

Ante esta situación los gobiernos “descubrieron” que debían mejorar el entrenamiento y la dotación de las Fuerzas Militares. Si no hubiera sido así, la guerrilla habría triunfado y Colombia

estaría entrando por el camino del que los demás afanosamente tratan de salir. Como si ello no fuera suficiente, y para “alivio de males”, poco a poco nos volvimos el paraíso de la cocaína. Todo empezó con la marihuana y alrededor de ella se comenzaron a amasar grandes fortunas. A pesar de que Colombia era un país austero, en poblaciones y ciudades intermedias surgieron de la noche a la mañana lujosos conjuntos residenciales y estrafalarios modelos de vehículos. El Estado en un principio hizo la vista gorda; sin embargo, las cosas se complicaron.

El acuerdo con las FARC-EP

Sobre el Acuerdo de La Habana debe decirse que, si el presidente no se hubiera dedicado de tiempo completo a sacarlo adelante, sin escatimar esfuerzos y recursos, posiblemente no se hubiese logrado. Aunque ha generado muchas críticas, son muy pocos los colombianos que quisieran volver a la angustiada situación anterior. No hay duda de que la cifra de muertes violentas ha disminuido y el número de secuestros, la lacra que circunscribió a los colombianos a tener a las

ciudades como guetos, se ha reducido en forma impresionante gracias a la acción de las fuerzas armadas, pero también al Acuerdo de Paz con las FARC.

Debe tenerse en cuenta que es muy difícil que una guerrilla acepte su desmovilización para que sus militantes tengan, como única opción, escoger la cárcel en donde serán recluidos. Aunque la guerrilla estaba gravemente afectada y maltrecha, no se encontraba en las condiciones del ejército alemán cuando sus comandantes fueron juzgados en el controvertido proceso de Núremberg.

Lo que resulta para muchos inaceptable es que un grupo de guerrilleros, con un largo historial de delitos comunes, y unos emisarios del gobierno modifiquen la Constitución Política de Colombia con un acuerdo bilateral que no contempló la participación del pueblo. El resultado del Referendo fue manejado hábilmente por el gobierno. Por su parte, la oposición, liderada por el Centro Democrático, se dejó comprometer para introducir modificaciones, a pesar de que no todos los que votaron "No" respaldaban a esa agrupación.

La compleja coyuntura actual

- El desprestigio por el que están atravesando en este momento los partidos políticos, el Congreso, la administración de justicia, el Ejecutivo y el sector financiero despierta muchas preocupaciones por el futuro del país. Esto sucede cuando la América Latina afronta fenómenos en los que se mezclan el populismo con la corrupción. Aunque no es cosa nueva, este mal ahora reaparece bajo la modalidad de intromisión de multinacionales entre las que destaca la empresa Odebrecht, como la punta del iceberg.
- ¿Desde cuándo se vienen presentando situaciones similares? Durante décadas, pero a nadie le importaba. Para no hablar sino de un caso, es bien sabido que el servicio exterior

fue durante muchos años el botín de los intereses políticos y de los amigos del gobierno de turno. Durante la administración Barco se logró rescatar la agónica carrera diplomática. Con el apoyo de funcionarios de la cancillería, afrontando serios riesgos, se logró igualmente erradicar vicios como el manejo doloso de las cartas de naturaleza, las nacionalizaciones ficticias de jugadores de fútbol y las gestiones para tramitar visas. ¿Cómo habrá sido del resto de la administración pública, del poder legislativo y de la justicia?

- Respecto a los Acuerdos de Paz, al colombiano no le importa que el que asesine, secuestre o extorsione pertenezca o no al ELN o a las FARC; simplemente espera que eso no le suceda. Los acuerdos de paz con esos grupos fracasarían si los responsables de esos crímenes siguen delinquirando mediante bandas que simplemente cambian su denominación. Esto sería una nueva versión del posconflicto centroamericano, en el que el remedio ha resultado peor que la enfermedad.
- Es un hecho que, mientras persista la producción y comercialización de drogas como actividad fundamental en ciertas zonas del país, no habrá paz. No solamente por los problemas inmediatos que conlleva, sino porque dan margen para que se incurra en otras actividades delictivas en las que los actores plantean la cuestión de por qué la coca sí, y la minería ilegal, el contrabando y otras modalidades delictivas, no.

No obstante, con el Acuerdo de La Habana, y si finalmente se consolida el que se negocia con el ELN, se abren buenas perspectivas para Colombia, que de todas maneras ha progresado enormemente en las últimas décadas. Los que tuvimos que recorrerla paso a paso hace algunos años podemos dar fe de ello. Ojalá que la corrupción generalizada y las drogas, cuyo consumo además se está extendiendo en forma preocupante a nivel nacional, no frustren esa expectativa. 🌐